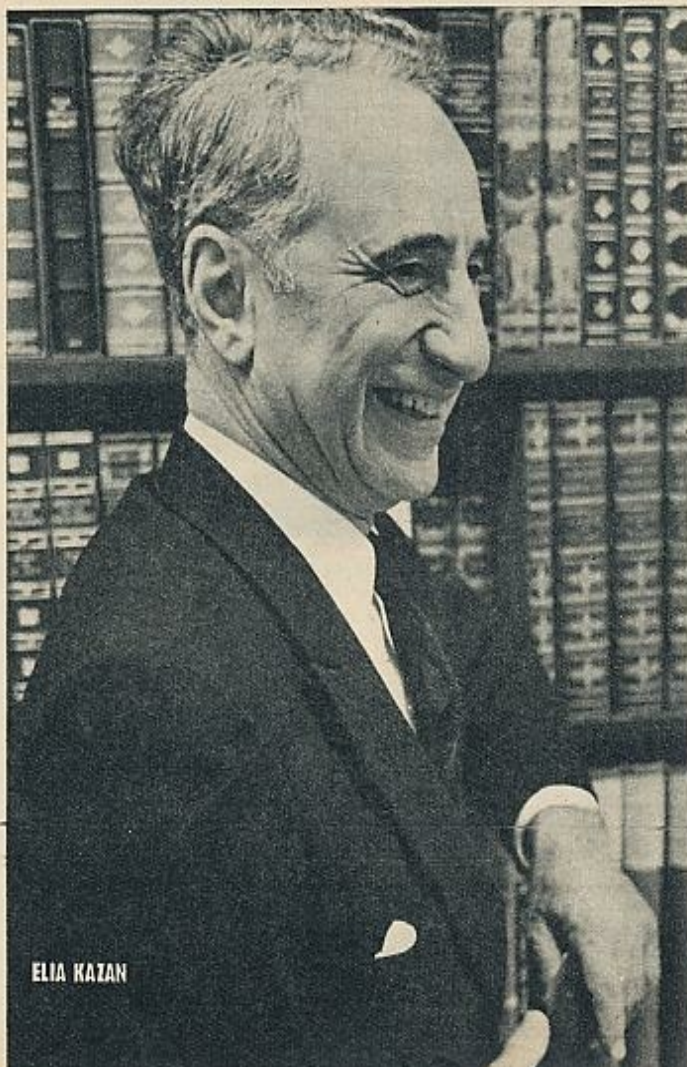


LOS «ARREGLOS» DE ELIA KAZAN

Por primera vez, Elia Kazan, entrevistado por Michel Mardore, habla con absoluta franqueza de su actitud cuando la «caza de brujas» del senador Mac Carthy, y analiza la evolución política de Norteamérica.



ELIA KAZAN

—Señor Kazan, la acogida reservada a sus obras en toda Europa se ha visto siempre envenenada por su actitud ante la Comisión de actividades antiamericanas de Mac Carthy. Creo que ya es hora de terminar con esta especie de malestar.

ELIA KAZAN.—No puedo hablar ligeramente de este asunto. Un día escribiré un libro al respecto, aprovechando las notas que tomé en aquella época. Muchas veces se me ha juzgado sin conocerme. Sin conocer las circunstancias en que me vi envuelto.

—Exactamente, no se trata de procesarle. Propongo que hablemos de ese asunto sin agresividad, sin prejuicio alguno, teniendo en cuenta esas circunstancias de que usted hablaba.

El catorce de enero de mil novecientos cincuenta y dos, usted reconoció haber pertenecido al partido comunista, pero (igual que hicieron otros hombres de izquierda) usted se negó a dar nombres de «comunistas». Sin embargo, el diez de abril de ese mismo año, usted se presentó espontáneamente ante la Comisión para denunciar a quince personas, entre ellas Clifford Odets. ¿Por qué este cambio?

E. K.—Algunos eran amigos míos. Y les advertí de mis intenciones antes de denunciarlos. Actué como lo hice porque pensaba sinceramente que el partido comunista constituía una amenaza. Y al negarme a hablar la primera vez, estaba sirviendo sus intereses. Por otra parte, he denunciado únicamente como símbolo. Todo el mundo conocía las actividades de los denunciados. Ninguno de ellos se preocupaba de ocultar sus opiniones, como yo tampoco había ocultado las mías.

—¿Se da usted cuenta de que, por culpa de ese símbolo, algunos fueron encarcelados y otros estuvieron años y años sin poder trabajar?

E. K.—Lo sé. Es el gran tormento de mi vida. Guardo un terrible sentimiento de culpabilidad. Y, sin embargo, creo que hice bien en actuar así.

—¿Usted no creía seriamente que aquella gente del cine y del teatro podía, o por lo menos tenía la intención de acabar con la democracia americana?, ¿que constituían una amenaza real?

E. K.—Sí; sinceramente pensaba que podían perjudicar al país, por sus posiciones en los sectores intelectuales en donde se forma la opinión pública. Ellos solos no podían destruir el Estado, pero ayudaban inconscientemente al partido comunista, que sí podía hacerlo.

—¿Cómo es que usted se ha convertido en tan acérrimo enemigo de los comunistas? ¿Se debe esto quizá al proceso de Praga?

E. K.—No. Es algo mucho más viejo. Me excluyeron del partido en mil novecientos treinta y seis, después de un miniproseso, porque no estaba de acuerdo con las directivas y con la dictadura imperante. En una palabra, siempre fui antiestalinista. Era la época de los procesos de Moscú.

—El mundo ha cambiado desde entonces. ¿No ha modificado su opinión el fin de la guerra fría, la muerte de Stalin, la coexistencia pacífica, la evolución de los comunistas?

E. K.—Ojala me hubiese equivocado. Pero, ¿ha leído usted a Soljenitsin? ¿Sabe usted qué les ocurrió a Siniavski y a Daniel? ¿Vio usted la entrada en Praga de los tanques soviéticos en mil novecientos sesenta y ocho? Siempre que me encuentro dispuesto a cambiar de opinión ocurre algo que me demuestra que nada en el fondo ha cambiado.

—Usted tuvo como aliados objetivos a hombres de derecha. ¿Se considera usted a sí mismo derechista?

E. K.—En absoluto. No he tenido que esperar al «Arreglo» para criticar a América. Siempre la he criticado. Tanto como pueden haberlo hecho Budd Schulberg o Clifford Odets. No digo esto para justificar mis actos, sino porque es la verdad. «La Ley del Silencio», «Un rostro en la multitud», «La fiebre en la sangre» denuncian las taras de la sociedad americana.

—En el «Arreglo» (libro), hay un político fascista llamado Collier que juega un importante papel. ¿Por qué es un personaje tan fuerte, tan seductor?

E. K.—Porque no hay que burlarse de los adversarios, subestimarlos, minimizarlos. Los fascistas como Collier son muy fuertes a la hora de manejar las medias mentiras. Una mentira a medias puede resultar muy útil. Un día, al vicepresidente Agnew se le ocurrió decir que los izquierdistas hacían la ley en la costa Este. Quería decir el «New York Times». Este es un ejemplo típico de mentira a medias. En realidad sugería, aunque no quería confesar el fondo de su pensamiento. Impresionaba al público blandiendo una falsa amenaza. No se atrevía a pronunciar la palabra «judío», pero en realidad era a los judíos a los que quería atacar. No se atrevía a decir claramente: «Los judíos hacen la ley en la costa Este». Hay en los Estados Unidos un antisemitismo latente bastante espantoso. Es corriente oír el «slogan»: «Los judíos, con los judíos». Idea claramente fascista.

—El «Arreglo» describe la crisis de un individuo, que reconsidera su vida, abandona su trabajo, deja a su mujer y pone en tela de juicio toda una serie de «valores» ad-



«'La ley del silencio'
(foto superior),
'Un rostro en la multitud',
'La fiebre en la sangre'
denuncian las taras
de la sociedad americana».

mitidos. ¿Cree usted que el país, como totalidad, ha llegado a este punto de ruptura, o se trata, por el contrario, de una revuelta puramente individual?

E. K.—Estoy convencido de que los Estados Unidos están fraccionados en dos partes y al borde de una guerra civil. El personaje de «El Arreglo» está igualmente partido en dos. Yo mismo estoy dividido entre mi amor por América, que me adoptó cuando no era más que el hijo de un inmigrante griego, y mi aversión, mi desilusión por el país en que se ha convertido. La «secesión» está en todas partes.

—¿Cree usted que una crisis como la de mil novecientos veintinueve podría precipitar los acontecimientos?

E. K.—Dudo de que se repita la crisis de mil novecientos veintinueve, pero siempre pesa sobre la cabeza de los norteamericanos una amenaza de «depresión». La Bolsa se tambalea. Nixon fue elegido para evitar la crisis, impidiendo la inflación. Pero no puede impedir la inflación más que llevando al país al fascismo. Cosa que ya está haciendo.

—¿Es posible resistir esta tendencia?

E. K.—Ahora mismo me siento optimista, porque está naciendo una nueva ola. No de comunistas con Cadillac. Una izquierda compuesta de estudiantes, de intelectuales, y que empieza a ser seguida por la clase media. Nixon habla a menudo de la «mayoría silenciosa». Este silencio no es forzosamente aprobador. Es un silencio de miedo. La gente se da cuenta de que América ya no vive conforme a su moral, que era generosa. Y sienten un fuerte malestar. Se callan, pero en el fondo desean que todo cambie. El protagonista de mi película «El Arreglo» está mucho tiempo sin decir nada. Es su manera de protestar.

Mi optimismo se ve reforzado por la actitud de los negros. Ellos son los que empezaron. El hecho de que Eldrige Cleaver acepte a los blancos en su lucha (a diferencia del «racista» Stockely Carmichael) refuerza mi optimismo. La lucha racial va a convertirse en una lucha de clases, en la que los protestatarios marcharán todos con codo. Ya Malcolm X anunció esta evolución. Por eso le ase-

sinaron los «Black Muslims». Ahora el movimiento es irreversible. Cada día va ganando terreno.

—En «El Arreglo», la rebelión del héroe, su «secesión», se manifiesta a nivel sexual. No puede seguir con su mujer «burguesa», y descubre la contestación y al mismo tiempo el placer con una muchacha. ¿Se trata de un símbolo, de una teoría?

E. K.—Para mí, el sexo es un revelador, un lenguaje que traduce las contradicciones del ser. Lo fastidioso es que en los Estados Unidos el público haya acogido tan bien el libro por sus pasajes sexuales. No han sabido valorar el fondo político. En la película, más simple forzosamente, y en la que me he limitado a describir el «cisma» interior del individuo, todo es más evidente, más «demostrativo».

—¿Por qué ha tardado tanto en hablar de forma personal?

E. K.—Porque tenía miedo, al escribir, de la lengua inglesa y de los grandes autores como Arthur Miller, detrás de los cuales prefería ocultarme. He tardado bastante en afirmarme. Mis primeros ensayos no eran sino falsos documentos, odiosas películas de tesis.

«¡Viva Zapata!» es la primera película que me satisface realmente. Pero he tanteado mucho tiempo antes de atreverme a explicarme solo. Ahora me siento libre.

—¿Es «El Arreglo» una obra autobiográfica, en el sentido de que describe su propia crisis?

E. K.—En lo que respecta a ciertos detalles, sí. Pero no lo es de forma total. En realidad, he hecho tabla rasa más de una vez. En mil novecientos cuarenta, cuando dejé las tablas. Antes de «La ley del silencio», cuando no tenía trabajo. Y tuve un conflicto sentimental grave con alguien que no me aportaba absolutamente nada. Lo de mil novecientos cincuenta y dos no fue para mí una crisis como usted se la imagina. En el viejo continente hay quienes atribuyen a mi «culpabilidad» política el hecho de que haya puesto en boca del héroe de «¡América! ¡América!» frases como «el honor está a salvo en lo más profundo de mí mismo» o «pasado algún tiempo, ya no se siente vergüenza». Ahora bien, estas frases están relacionadas con el penoso episodio sentimental de que he hablado antes. Es verdad que el amor, el sexo y la política son indisolubles.